

MINITEXTOS

POR MANUEL ORESTES NIETO

1.

CRIMEN Y CASTIGO

La sombra decidió, por fin, lanzarse sobre el objeto que la proyectaba, cansada de existir subordinada, anónima y de intentar en vano ejercer su albedrío. Siempre lateral, oblicua, pisada sin ser vista y bidimensional; siempre oscura y, a la vez, larga, gorda, chata, filamentososa o imperceptible; siempre dependiente del sol, de focos, velas, linternas o fuegos. Nunca ella misma, nunca un gesto propio y autónomo.

Desplegando todo su cuerpo, dio un salto felino y arrojó al objeto, sofocándolo hasta dejarlo inerte. Sintió, por primera vez, que podía moverse a su antojo, estirar los miembros, girar sobre sus pies, desplazarse. Sólo basta huir de la escena del crimen.

Pero al iniciar su ansiada carrera hacia la libertad se fue deshaciendo a pedazos, atravesada por la luz.

2.

EL PASO DEL TIEMPO

El reloj dio un bostezo y estiró sus manecillas, aún somnoliento.

-No trabajaré ni un día más, esto se acabó -dijo mentalmente, mientras veía al hombre dormido. Eran las cinco y treinta de la mañana.

El reloj se concentró en sí mismo para autodestruirse. Justo un minuto después, saltó a pedazos en medio de un estruendo de engranajes sueltos.

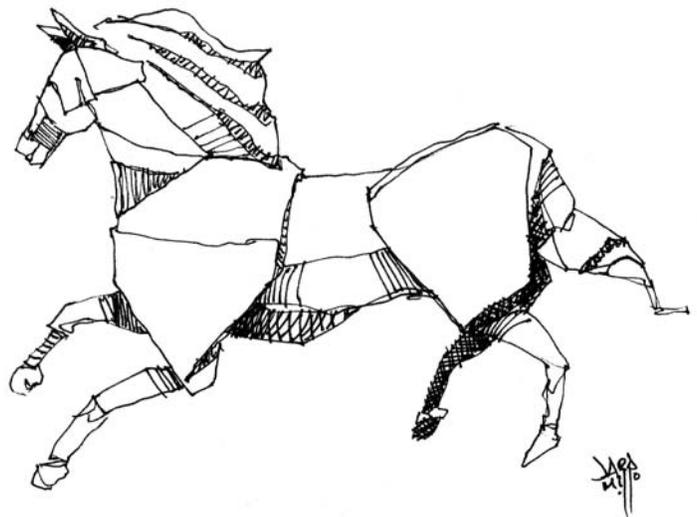
Y el hombre no pudo levantarse de la cama.

3.

MILAGRERÍAS

Dentro de la iglesia, la vela iba derritiendo lentamente sus únicas ocho horas de vida. Su devota luz alumbraba a intervalos el rostro de la Santa.

Todos los feligreses ya se habían marchado y fue, entonces, cuando la delgada vela comenzó a rezar y rezar, con todas sus fuerzas y convicción, para que ocurriese el otro milagro: que una brizna de viento, casual y oportuna, entrara al templo vacío y la apagara, antes de que su existencia se consumiese.



4.

HOMENAJE

Cuando el músico expiró en el hospital, acompañado de sus familiares, allá en la casa, en ese mismo instante, sola, su trompeta, compañera de tantos años y avatares, emitió la más aguda nota que jamás había alcanzado, desgarrada, dolorosa y empapada en lágrimas de metal.

5.

LOS DOS HERMANOS

El Silencio estuvo horas sentado en la butaca de la habitación desierta. Inmerso en una tristeza inacabable, tomó la decisión y salió a la calle.

Deambulando por las aceras, los transeúntes le atravesaban como si fuese un fantasma. Gritaba lo más alto que podía y nadie le oía. Tampoco podía escuchar las conversaciones de los que pasaban a su lado.

Aturdido, traslúcido e invisible, le pareció ver entre la multitud que alguien idéntico a sí mismo se dirigía hacia él. Alguien que a zancadas se abría paso para alcanzarle.

—Sabes que no debes escapar así. Es demasiado peligroso que hagas esto, volvamos a casa —le dijo su hermano gemelo, el que todo lo podía, el que tanto odiaba.

Su hermano de sangre y parto, el que nació minutos des-

pués que él y, sin embargo, era siempre el primero. Su hermano, pero tan distintos uno del otro, su hermano el Sonido.

6.

INSTANTÁNEA

Con los ojos fijos, sin pestañear, vio cómo llevaban al hombre al cadalso. Sin mover un músculo, no podía creer semejante injusticia. Imaginó que algo ocurriría en el último minuto, que eso no podía ser. Sin embargo, la ejecución prosiguió y cuando escuchaba la música funeral mientras el pueblo se dispersaba, apagó el televisor e irritado ya no quiso ver la siguiente película.

7.

LOS AMANTES

Fue inmensurable e intensa la vida para ambos.

Llegaron a conocerse hasta límites insospechados, tanto que muchas veces traspasaban las leyes normales de la naturaleza. No es que fuesen telépatas o tuviesen poderes extraordinarios. Simplemente fueron ganando en profundidad y certidumbre con los años. Sin mediar palabras, ella contestaba con certeza lo que él pensaba preguntarle y viceversa. El deseaba algo y en poco tiempo ella le complacía como si lo hubiese escuchado. Sabía el instante en

que él abriría la puerta antes de que llegara. Podían saberlo casi todo uno del otro, en un ahorro de comunicación verbal, como si por otra forma de percepción tuviesen conocimiento mutuo de sus actos.

La tarde en que se antelaron a los hechos y ambos se miraron sin pestañear, en un instante anudado y cruel, tampoco fueron necesarias las palabras. Al unísono supieron lo que acontecía y juntos odiaron esa ganada capacidad que tanto tiempo les ahorró en la vida.

En la noche, ella, ecuaníme, rompió el silencio y dijo:

—Qué terrible, ¿no te parece?.

El contestó:

—No es fácil saber que moriré así.

Y ella, como si su cuerpo levitara, flagelado por el insoponible dolor, añadió:

—Sí, tanto como lo imposible que será seguir viva después.

MANUEL ORESTES NIETO. Nació el 7 de junio de 1951 en la ciudad de Panamá. Es licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Santa María La Antigua. Fue Agregado en la Embajada de Panamá en Nicaragua y Embajador de Panamá en Cuba y Argentina. Ha publicado: **Poemas al hombre de la calle** (1970), **Enemigo común** (1974), **De monstruos y palomas y otros poemas** (1975), **Diminuto país de gigantes crímenes** (1975), **Oratorio para Victoriano Lorenzo** (1976), **Poeta de utilidad pública** (1985) y la antología poética **Rendición de cuentas** (1968-1988) (1991), que recoge los primeros veinte años de su quehacer poético, **El Mar de los Sargazos** (1997); **El cristal entre la luz: obra poética, 1968-2008** (2008).